

LA GUERRA COLONIAL DE PUTIN¹

El 6 de agosto de 1996, tres días antes del tartamudeo de Yeltsin en la ceremonia especialmente acortada que inauguraba su segundo mandato como presidente de Rusia, fuerzas chechenas atacaron de repente y reconquistaron una cadena de ciudades importantes, incluida la capital incendiada por la lucha, Grozny. Fue el éxito de este asalto –unido a la interminable y cada vez más impopular corriente de bajas rusas– lo que persuadió a Yeltsin a pedir la paz, y en el plazo de un mes el general Alexander Lebed y el comandante militar checheno, Aslan Masjadov, habían firmado los acuerdos de Jasaviurt, poniendo aparentemente fin al brutal conflicto que ha recibido el nombre de «Vietnam de Yeltsin».

Cinco años después, Rusia está de nuevo involucrada en una guerra asesina en Chechenia, en la que, como antes, se ataca a una población civil que vive entre las ruinas o en «centros de filtración», que se asemejan desvergonzadamente a campos de concentración nazis o a gulag soviéticos. Pero mientras que la primera guerra chechena fue ampliamente impopular, considerada un gasto innecesario de vidas humanas y un uso injustificado de la fuerza, la guerra de Putin ha obtenido hasta ahora un respaldo generalizado como «operación antiterrorista»; la acción de un Estado fuerte que pretende frenar la anarquía en su periferia, sin importar lo abrumadora que sea la tarea, y al hacerlo recuperar parte de su anterior grandeza. El Vietnam de Yeltsin se ha convertido en las Malvinas de Putin. Sin embargo, se pueden encontrar algunas analogías más sombrías: como escribe Anna Politkovskaya en *A Dirty War*, «los trágicos atentados terroristas de Moscú, Volgodonsk y Buinaksk [en septiembre de 1999] se están pareciendo con demasiada rapidez a otro acontecimiento distante: el incendio del Reichstag».

Anna Politkovskaya es reportera en Chechenia para el periódico *Novaia gazeta* de Moscú desde julio de 1999, y el actual volumen recoge las crónicas enviadas desde el norte del Cáucaso hasta enero de este año. El libro ha sido elogiado como una exposición honrada y resuelta de la conducta de Rusia, y le ha supuesto a la autora los prestigiosos premios

¹ Anna POLITKOVSKAYA, *A Dirty War: A Russian Reporter in Chechnya*, Londres, 2001, 336 pp.

concedidos por la Unión Rusa de Periodistas y Amnistía Internacional. A comienzos de este año fue detenida, maltratada y amenazada de violación y muerte por el personal de la FSB en Chechenia, después de que investigase demasiado las alegaciones de que los rusos torturaban a civiles chechenos; recorre con valentía las calles de Grozni a pesar de los francotiradores y de la alta incidencia de secuestros, utilizando las páginas de su periódico para publicar el nombre de oficiales rusos responsables de impedir que las provisiones lleguen a los refugiados, y para lanzar una campaña para evacuar a los habitantes del asilo de ancianos de Grozni. *A Dirty War* es frecuentemente demoledor respecto a la brutal conducta rusa en la guerra; pero a pesar de las valientes y honorables intenciones de la autora, el libro está lleno de prejuicios e incomprensiones respecto a la actual guerra y a sus antecedentes históricos.

Rusia afirma haber dominado Chechenia desde los días de su expansión imperial hacia el sur, más allá del río Terek: Grozni (que significa «terrible» o «atemorizador») fue fundada por el general Alexei Ermolov en 1818 como fuerte a partir del cual realizar una pacificación constante de los montañeses del norte del Cáucaso. Esta política, sin embargo, no tuvo un éxito completo; la historia de la región está plagada de rebeliones que a Rusia le ha resultado difícil sofocar, la más notoria de las cuales fue la rebelión dirigida por el imán Shamil, que duró de 1829 a 1859. En 1905 se produjeron nuevas rebeliones, y de nuevo en el periodo soviético, en 1917-1921, 1929, 1937 y 1942; esta última contribuyó sin duda a la decisión de Stalin de deportar a toda la nación chechena, junto con los vecinos ingush, a Kazajstán, de donde regresaron en 1957.

Considerándolos rebeldes, las autoridades rusas y soviéticas desconfiaban de los chechenos, y los marginaron de los puestos de poder; los chechenos han demostrado, sin embargo, ser extraordinariamente aptos para vivir en las ranuras de la autoridad estatal, floreciendo a menudo en redes comerciales ilegales y bandas de delincuentes en la Rusia europea. En los años de exilio, esta apasionada resistencia a la autoridad extranjera se combinó con un fuerte sentimiento de humillación nacional y, cuando la Unión Soviética comenzó a desintegrarse, el nacionalismo checheno se expresó en urgentes demandas de plena independencia, respaldadas por una próspera comunidad emigrante chechena. Este doble legado de resistencia y subversión con éxito a la autoridad estatal demostró ser valiosísima para los chechenos en la guerra de 1994-1996, pero —como informó con elegancia Anatol Lieven en *Chechnya: Tombstone of Russian Power* (1998)— también ha paralizado cualquier intento de establecer un Estado viable desde entonces, y ha dado un triste grado de credibilidad a las afirmaciones de que la única ley de Chechenia es la anarquía.

En 1991, el gobierno de Yeltsin estaba convencido de que, si Chechenia obtenía la independencia, el resto del norte del Cáucaso la seguiría y las múltiples nacionalidades de la región —los árabes llamaban a la región la «Montaña de las Lenguas»— se verían hundidas en la anarquía étnica; el

«efecto dominó» podría entonces extenderse a otras áreas nacionales y repúblicas autónomas de la Federación Rusa. El que esto no haya ocurrido se puede explicar por su dependencia económica de Moscú, así como por el continuo dominio del partido soviético local y las elites dirigentes. Aparte de Chechenia, el único lugar donde se pretendía conseguir una autonomía sustancial de cualquier tipo (y no hablemos ya de la independencia) era Tatarsán, que en 1994 negoció con Moscú un tratado federal aparte. Ningún acuerdo de este tipo fue contemplado por el entonces presidente checheno Dzhohar Dudayev, y Moscú prefirió inicialmente apoyar y armar a los opositores de Dudayev, con la esperanza de instalar un régimen más dócil. La manifiesta debilidad de esta oposición, junto con una cadena de secuestros en las fronteras de Chechenia, de la que se culpó a los separatistas, proporcionó la disculpa para la intervención rusa en el otoño de 1994.

La política de Putin en Chechenia ha reproducido muchos de los rasgos de la de Yeltsin: un pretexto inicial de enfrentarse a la anarquía; un intento de instalar un régimen títere favorable a Moscú (esta vez encabezado por Ahmad-Hadyi Kadirov, antiguo muftí jefe de Chechenia); y, por supuesto, la suposición de que el resultado sería, en las famosamente funestas palabras pronunciadas por Viacheslav Pleve, ministro de Interior de Nicolás II, en 1904, «una guerrita victoriosa». Pero mientras que la torpe y brutal intervención de Yeltsin estuvo en parte motivada por la preocupación por preservar la integridad territorial de Rusia, la de Putin estuvo guiada por la necesidad de manipular los temores y prejuicios del electorado, por un cálculo frío y un insondable cinismo, y por el abrasador deseo ruso de invertir las humillaciones de la anterior guerra.

Politkovskaya es frecuentemente esclarecedora en la generalidad de este cinismo, y lo que podría presagiar, como en la referencia al incendio del Reichstag, y en la descripción que aparece en otra parte de Putin como un incipiente Pinochet. Tampoco teme comparar el acoso de la policía rusa y la detención ilegal de «personas de nacionalidad caucásica» —chechenos y demás— con la persecución nazi a judíos y gitanos. Su descripción del ejército ruso pone al desnudo un implacable descenso de la moral y, más espantosamente, de la humanidad básica: desde la explotación comercial de las bajas de guerra por la empresa privada Military Commemoration Ltd., al secuestro de reclutas para enviarlos al frente en medio de la noche; desde la comida rancia con la que se espera que los soldados llenen el estómago a los actos aleatorios de terror y atrocidades a gran escala, como la masacre de Novie Aldi. Hay momentos estremecedores en este libro, tales como una entrevista con el general de división Anatoly Shamanov, que anuncia que «la amabilidad debe tener sus límites [...] Si los bandidos no comprenden nuestro código ético, hay que destruirlos. Si uno cae enfermo, ellos hacen daño al paciente para extraerle el órgano afectado». Una de las afirmaciones más inquietantes en este tipo de lenguaje procede del propio Putin, cuando anunció en la televisión, a comienzos de noviembre de 1999, que iba a «arrinconar a los bandidos en la letrina y exterminarlos».

Buena parte de lo incluido en el libro de Politkovskaya es, por lo tanto, digno de elogio e incluso necesario: como Thomas de Waal escribe en su prefacio al mismo, es «lo más cercano que se ha escrito hasta ahora a un diagnóstico correcto». Sin embargo, el buen trabajo se deshace por unas cuantas frases aisladas pero irrefutables. El proceso comienza con afirmaciones tan básicamente llenas de prejuicios como «Ruslan es un musulmán devoto. Pero uno nunca se daría cuenta. Ni una sola palabra, mirada o movimiento, y mucho menos pañuelos verdes o gritos de “¡Allahu Akbar!” delatan su fe interior». La división simplista entre musulmanes silenciosos y de buen comportamiento, por una parte, y furiosos extremistas wahhabíes, por otra, es paralela a una división de los chechenos entre pacíficos partidarios de Moscú, por un lado, y rabiosos nacionalistas extremistas (y, naturalmente, demasiado abiertamente islámicos): en un punto, Politkovskaya se refiere a «las áreas “liberadas” del norte de Chechenia, una región opuesta a Masjadov, Dudayev, Basayev y otros de su especie». El mero intento de incluir a estos hombres en una sola categoría indica una penosa ignorancia de la política de Chechenia entre 1991 y la actualidad: Dudayev representa a la tendencia separatista maximalista y Masjadov al enfoque pragmático visiblemente preferido por Moscú; de ahí el fracaso de la negociación de 1994, cuando Dudayev estaba en el poder, y su éxito en 1996, cuando los rusos, tras asesinar a Dudayev, se sintieron muy aliviados de que Masjadov hubiese tomado el poder.

Politkovskaya reserva un tono de condena especial para Shamil Basayev, que ha sido el demonio elegido por Rusia desde junio de 1995, cuando él y un autobús de soldados fuertemente armados avanzaron, con sobornos, varias millas dentro de Rusia, hasta que supuestamente se quedaron sin dinero en Budennovsk. Capturaron un hospital, tomaron 1.000 rehenes, y exigieron que se iniciasen negociaciones de paz, que sólo comenzaron después de un intento frustrado por parte de las fuerzas especiales rusas de entrar a saco en el edificio, un intento en el que murieron más de cien rehenes. Basayev obtuvo el segundo puesto en las elecciones presidenciales de 1997, y fue nombrado primer ministro por Masjadov antes de dejar el gobierno, desengañado por la falta de respaldo oficial a sus planes de unificar Chechenia y Daguestán (resolviendo así, a su juicio, el anterior aislamiento). Fue Basayev, junto con el líder wahhabí Jatab quien dirigió una banda de hombres armados a Daguestán en agosto de 1999. Un mes después, Politkovskaya fue a Daguestán y encontró la incompreensión y la ira de las refugiadas de la lucha, a quienes se refiere como «montañesas». Hay dos pasajes dignos de mención, ambos en referencia a su tono etnográfico condescendiente y a sus implicaciones más perturbadoras:

Son, como ustedes ven, personas muy simples. Algunas las llamarían incluso primitivas. Sin embargo, comprenden el asunto perfectamente, mientras que nosotros seguimos enceguecidos y confundidos por nuestros complejos y nuestro refinamiento. Estas mujeres hablan con una decisión y una

claridad que nosotros hemos olvidado hace mucho tiempo: «Basayev es un bandido sediento de sangre y un traidor, y no tiene cabida entre la gente normal». Sus preguntas y respuestas exponen las políticas mal definidas de Rusia en el norte del Cáucaso. Nuestras propias respuestas insinúan que estamos participando en un juego enrevesado, y nunca está claro en ventaja de quién: «Las cosas no son tan sencillas», decimos. «Tiene sentido negociar con Basayev [...]»

Simplemente no comprenden que los hombres rusos no van a decir nada a las madres siberianas para explicar lo que están haciendo contra Shamil Basayev. Se mantienen callados como es habitual. Y, sin embargo, no van a hacer nada respecto a Basayev y se tragarán esta desgracia. Después se escurarán detrás de palabras inteligentes: la discusión del *status* de Chechenia se ha «pospuesto», no debemos aumentar la tensión deteniendo a Basayev. Una locura. Las mujeres tienen razón. Mientras nuestros hombres se comporten de esa manera, su guerra nunca va a terminar.

Pocas semanas después, Putin comenzó una guerra que dio respuesta a todas las oraciones de Politkovskaya: una «decisión» libre de «complejos y refinamiento», punto final a las «políticas mal definidas en el norte del Cáucaso», a «no hacer nada con Basayev», al «tragarse la desgracia». Es también, dicho sea de paso, bastante extraordinario que un libro que comienza con una exhortación a los hombres rusos a cumplir con su deber militarista y masculino sea después elogiado (en la contraportada) por «vilipendiar la estupidez masculina», cuando la guerra que Politkovskaya parecía pedir con tanta urgencia llegó por fin.

De hecho, hay muchos más pasajes que señalan esta postura contradictoria: por ejemplo, la condena que se hace al uso de la fuerza por parte de Putin, emparejada con la catalogación global de los líderes chechenos democráticamente elegidos como «bandidos». (Si son simplemente bandidos, ¿por qué no usar la fuerza?). En un momento determinado, Politkovskaya sugiere que los dirigentes rusos deberían intentar «bien enfocar la guerra en unos límites claros o en un ámbito local, o bien ponerle fin por completo», cuando las fronteras chechenas han sido, con lógica aterradora, selladas precisamente para hacer esto. Señala que «la actual “lucha antiterrorista” se está extendiendo a todo el país y se está volviendo mortalmente peligrosa para muchos que no tienen la más mínima relación con los terroristas». Pero la lógica de toda la operación ha sido precisamente establecer este vínculo, convertir a todos los chechenos en terroristas para dar una apariencia de legalidad a una guerra diseñada para aplastar sus aspiraciones independentistas. El subterfugio de Putin parece habérseles escapado a muchos rusos, Politkovskaya incluida.

Esta ceguera ante el aspecto nacional subraya la mayor parte de los puntos débiles de su crónica. Por ejemplo, Politkovskaya parece contemplar simplemente el régimen títere de Kadirov como otro ejemplo de gobierno ineficaz y corrupto —algo que por supuesto es—, ignorando que también

es algo más: un régimen impuesto por Moscú por la fuerza de las armas, contra los deseos democráticamente expresados del pueblo checheno. El menor signo de la desorientación de Politkovskaya es que, en el décimo año de lucha chechena por la independencia, anuncie asombrada –como si fuese un síntoma de lo mal que se ha puesto la situación– que «Chechenia no forma parte del mismo país».

El libro de Politkovskaya es, en más de un sentido, un diagnóstico de las enfermedades de Rusia: el terrorífico desfile de cicatrices y sufrimiento, la incompetencia y brutalidad que ella testifica no se olvidan rápidamente, y merecen mucha más atención de la que se les presta. *A Dirty War* no aspira a establecer un análisis en profundidad –es, después de todo, un libro de reportaje, de testimonio más que de análisis crítico–, pero aún así es profundamente defectuoso, y sintomático de un mal más extendido. Si uno de los críticos más drásticos y honrados de Putin convierte a todos los políticos chechenos en bandidos o en furibundos wahhabíes, olvida el hecho histórico fundamental de la colonización, y se opone a la «operación antiterrorista» solamente por su imprecisión geográfica –en resumen, reproduce buena parte de la lógica que condujo a la actual guerra–, poca esperanza puede haber para que se produzca una resistencia contundente y bien informada a la misma. Peor todavía es la reacción occidental a la guerra chechena: como en el ataque de la OTAN a Serbia, miles de vidas humanas se consideran de importancia secundaria frente al mantenimiento de los valores liberales. En las reveladoras palabras del traductor, John Crowfoot, «la suspensión de la constitución en esa pequeña república pone en peligro la democracia y la libertad de expresión en toda Rusia. Y ese es un peligro que nadie puede obviar». La reducción de una ciudad de 400.000 habitantes a escombros apocalípticos, el empobrecimiento y reducción a la abyecta servidumbre de toda una nación, y la masacre de incontables inocentes en Novie Aldi, Samashki, Aljan-Yurt: todo esto se puede olvidar tranquilamente, para no interrumpir la farsa de mentiras, robos y corrupción que los dirigentes mundiales se han congratulado en denominar democracia rusa. La libertad de Politkovskaya para contar una verdad a medias es una triste compensación por las vidas perdidas y arruinadas.